
OCULTO
EN LA CIUDAD
Xavier Ripoll

1

La comitiva avanza por la carretera secundaria que la llevará hasta el pantano que el Generalísimo ha de inaugurar esta misma mañana. De hecho, era un anterior proyecto de la República pero que ahora el estadista se haría suyo, como otros. Franco, desde el asiento de atrás de su coche oficial, contempla la meseta, interminable, como su sed de poder mesiánico. La comitiva la completan otros coches oficiales con ministros y demás papamoscas, los ingenieros, medios propagandísticos afines al Régimen y una escolta de policía. Faltan pocos quilómetros para llegar a la gran obra hidráulica levantada por presos de trabajos forzados quienes, se suponía, tenían quer dar gracias de haberse librado de un pelotón de fusilamiento a cambio de la redención por el trabajo. Algún día, el trabajo los haría libres.

Al llegar la comitiva a la altura de un pequeño puente que salva un río, de pronto se oye un estruendo; el puente se viene abajo y con él dos motoristas que encabezan la escolta. Ni el coche del Caudillo ni el resto de vehículos sufren daño alguno. De nuevo, la *baraka*, lo ha protegido. En seguida la policía se apea y prepara las armas por si el atentado va seguido por un ataque armado, pero no es así.

—¡Me cago en la leche! —exclama Parra desde su escondrijo a medio quilómetro. Con sus binoculares y su revólver, acaba de ver que la carga que ha puesto bajo el puente la ha hecho detonar demasiado pronto, errando la diana: el coche del dictador. Así que se escurre por una zanja del campo y huye del escenario del esperado magnicidio.

La comitiva da media vuelta y, por motivos de seguridad, regresa a Madrid. La escolta, después de atender a los heridos y pedir una ambulancia y refuerzos, metralleta en mano empieza a peinar el lugar, sin éxito, porque el guerrillero ya se ha esfumado. Arias, el jefe de seguridad, de paisano, gafas ahumadas, bigotillo, entradas en la frente y con pistola reglamentaria, está oteando el horizonte formado por los campos de trigo que ahora en primavera tienen sus tallos altos y espigados, mecidos por el viento, y que ve muy difícil, sin apoyo aéreo, poder descubrir a alguien escondido.

—¡Hijoputas! —grita mientras tiene la esperanza de poder cazar a los autores del atentado fallido, seguramente “rojos” que se habrán descolgado de las montañas leonesas. Ni se puede imaginar que sólo se trata de un guerrillero, que se oculta en Vallecas, y que su cometido no era tanto dar golpes de vez en cuando contra la guardia civil como reservarse para un objetivo más importante como era intentar acabar con el Excelentísimo. Pero el rastreo de la zona es infructuoso. Ni siquiera los refuerzos que llegan consiguen dar con el supuesto comando. Un artificiero informa que se trata de un explosivo con detonador. Arias siente que se ha quedado con el culo al aire al no haber podido prever la acción y que tendrá que dar cuentas a los de Gobernación. Seguramente ordenarán a los periodistas que no informen del suceso para asegurar la imagen inviolable del Jefe del Estado y la supuesta paz en el país.

En un pisito de Vallecas, alquilado a nombre de otra persona, Parra, castellano de cuarenta años, altura media, cabello negro y con bigote, con más arrugas en la frente que le corresponderían debido a los años en el frente y en el exilio, está tumbado en la cama, en camiseta y fumando, dolido por el intento frustrado. En el piso sólo hay lo imprescindible, por si tiene que huir. Las ventanas, con la cortina siempre corrida para que no le vean desde la calle. Poco ruido en casa y asegurarse de no coincidir con vecinos en la escalera. Es una vida dura, siempre pendiente de un hilo, con mucha paranoia por si alguien da el soplo y te detienen. Pero es la única vida que ha conocido desde joven, cuando se enroló en las milicias antifascistas, combatió en las trincheras y emprendió el camino del exilio. Al pasar a Francia, los gabachos lo encerraron en un campo de concentración donde los malos tratos, el hambre, las enfermedades y el frío lo acabaron

de curtir. Para salir de allí se enroló voluntario en batallones de trabajo hasta que pudo escapar y contactar con maquis españoles empecinados en continuar la guerra ni que fuera haciendo incursiones desde la frontera o desde las montañas del interior peninsular. Un "emboscado", siempre escondiéndose, siempre huyendo, siempre adoptando identidades falsas, siempre con el miedo en el cuerpo… Como no está fichado, se desplaza por la ciudad discretamente, como cualquier hijo de vecino que va al trabajo o viene del zapatero.

El cigarrillo se está consumiendo y la ceniza cae al suelo. Parra está absorto pensando qué hará ahora. Quizá prepare otra acción más al alcance de sus posibilidades. Sin herir a civiles inocentes, nada de víctimas involuntarias sacrificadas por la causa. La radio lejana de algún vecino está dando el jodido boletín de noticias, con su musiquilla de entrada. Nada del atentado, no les interesa mostrar que tienen flecos sueltos. En la nueva España no existen combatientes enemigos; en todo caso, sólo bandidos.

En los balcones, unas vecinas hablan sobre el inestable tiempo primaveral, con sus chubascos sorpresa. Parra se interroga interiormente si sirve para algo lo que hace, él y otros compañeros de célula. Quizás a la gente sólo le interese el día a día, sobrevivir, ser felices, aunque sea dentro de una felicidad encorsetada, y los ideales sean cosa del pasado. En todo caso, sólo quedaron los ideales de los vencedores, los facciosos, instalados en la represión y la venganza. "¿Por qué luchar, entonces?" —piensa—. "Pero, ¿en qué estoy pensando?, ¿me estoy acojonando?, ¿de qué habría servido el sacrificio de tanta gente caída, encarcelada? ¡Hay que seguir adelante!"

El grifo del lavabo gotea parsimonioso. Parra, discreto y de contención emocional, recorre con la mirada el techo, salpicado de alguna que otra humedad y grietas. Debajo de la almohada tiene el "hierro", cargado, por si acaso. Vale más morir en acción que te fusilen "ellos" o, peor, que te den garrote. O te pudras en Carabanchel después de torturarte.

Se queda dormido. Sueña con sus padres, cuando iban a la Sierra y comían cerca del río, los mítines, la escuela, su hermano mayor desaparecido en el frente… Todo se va diluyendo en sus recuerdos. Sus ojos hundidos reflejan su vida de animal de presa en los últimos años, ocultándose en madrigueras, aquí y allí, imaginándose cercado, y al fin cazado. Unos días liebre y otros, lobo solitario.

Cuando despierta, se lava, come algo y sale a la calle con toda la precaución del mundo. Se cala la gorra de obrero para que le disimule los ojos. Se dirige a El Pozo, barrio de aluvión, en donde cada vez más inmigrantes braceros y labradores del campo español levantan ellos mismos sus casas bajas en medio de lodazales, sin servicios. En una de ellas, más barraca que casa, construida con ladrillos toscos y techo a partir de restos metálicos, una madre jovencísima está rodeada de dos niños y uno más pequeño en brazos; su vientre adivina otro en camino. Van descalzos y sucios. En el suelo hay dos palanganas y restos de porquería. El hambre aprieta y corroe el estómago y el alma.

Llega hasta una de esas casitas y, después de cerciorarse que nadie le sigue, llama con los nudillos. Se entreabre la puerta, justo para que sólo se vea el ojo.

—Soy yo, Fermín —dice Parra.

El de dentro abre la puerta y Parra entra. En el interior, de apariencia casi chabolista, hay dos camastros, una mesilla y unas sillas diferentes, y un mueble con estanterías con una pata coja. Hay dos hombres más, fumando. Se lo quedan mirando, a la expectativa.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Fermín, aunque por la cara de Parra no se espera ningún gran notición.

—Hice explosionar la dinamita antes de tiempo y pilló a dos de la escolta, pero no a "su" coche —refiere Parra, apesadumbrado. Le pasan un caliqueño.

—¡Vaya! —exclama Alfredo, uno de los hombres—. ¿Te vieron al huir?

—No. Una zanja y el campo espigado en esta época del año me ayudaron a camuflarme.

—Será mejor que te ocultes durante un tiempo en casa —sugirió Fermín.

—Ahora estarán unos días rabiosos, de aquí para allí.

—¿Y preparar otra acción directa? —se animó Parra, dolido por el fracaso.

—No es oportuno —intervino Domingo, el tercero—. Estarán al acecho. Mejor dejar pasar unos meses. Somos cuatro gatos y ya no son tiempos de héroes ni de mártires.

—Informaremos a la Organización. Ya te iremos diciendo —concluyó Fermín a la vez que le alcanzaba un vaso de vino barato.

Al salir de la casa, un oscuro nubarrón está cubriendo como un manto el barrio, presagiando lluvia. La gente comienza a apretar el paso, los chiquillos están como el tiempo y no paran de importunar. Los perros ladran y husmean basuras en la calle. Parra regresa a su piso y se encierra como un ermitaño activista encomendándose a la santa Paciencia, esperando mejores momentos.

2

En la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, el comisario Arias aplasta el resto de cigarrillo consumido en el pesado cenicero de cobre, mientras exhala un denso humo sobre el papel que está leyendo.

—Teniendo en cuenta la gravedad de los hechos, este informe me parece poco preciso —dice tajantemente a dos colaboradores que permanecen de pie.

—Por el momento es lo único que hemos podido encontrar —se excusa Pacheco, uno de los policías.

—…la llegada de un español en coche a Madrid desde la frontera hace una semana —añade Ballesteros, el segundo colaborador.

—Podría tratarse de un viajante —sugiere Arias mientras se levanta y se dirige a un mapa mural de la zona—. No me creo que alguien que quiera atentar contra el Jefe del Estado se arriesgue a llamar la atención pasando por una frontera aunque disponga de pasaporte. Más bien me lo imagino cruzando por las montañas u ocultándose desde hace tiempo en el campo o en algún suburbio.

Desde lo alto de la pared, las fotos enmarcadas de Franco y José Antonio parecen avalar las palabras de Arias. Los tres policías, con trajes y corbata a la altura de sus sueldos como funcionarios, sopesan las posibilidades.

—Lo mejor sería infiltrar a alguien en ambientes desafectos por si podemos recalar información —propone Pacheco, un joven de cara ancha y ojos de sapo, con el pelo algo revuelto.

—Me parece bien —aprueba Arias mientras observa el mapa buscando no sabe qué—. ¿Se os ocurre alguien en concreto?

Se quedan pensativos un rato, hasta que Ballesteros da un paso adelante:

—Estoy pensando en Conesa, tiene experiencia en infiltración entre los rojos, acabada la guerra. Podría sernos útil.

—Bien, hablaré con él —concluye Arias—. Lo importante es mostrar interés ante Rodríguez, el director general. No dar por zanjado un atentado contra Franco. Es nuestro deber descubrir a ese hijoputa, que hubiera podido torcer el destino de nuestra Patria, y meterlo a buen recaudo.

Abajo, en la plaza, en el bar Sol, el cerillero está ofreciendo su mercancía a los clientes sentados en el interior. Es hora de cafés y chocolate, y humo, en la taberna frecuentada por funcionarios y gente de paso por la capital que viene a probar su cocido. Conesa, de

rostro más bien aniñado, sólo tiene tiempo para un carajillo. Está hojeando un ejemplar de Arriba cuando le interrumpe Ballesteros, que viene a sumarse al consumo de café con algo.

—Arias quiere hablar contigo —le suelta.

—¿De qué se trata? —pregunta Conesa mientras deja el diario sobre la barra—. ¿Trapicheo, estraperlo, carteristas…?

—Algo más gordo. ¿Te has enterado extraoficialmente de un presunto atentado contra Franco?

—Sí, ha corrido la voz.

—Pues el inspector ya te explicará lo que quiere. Es un asunto serio. Depende si lo solucionamos o no, nos puede colmar de gloria o de mierda.

En el espejo detrás de la barra se reflejan ellos dos y las mesas del local, la gente se comporta bien porque al dueño no le gusta el griterío de tasca. En la pared, un cartelito donde pone: "Prohibida la palabra soez". Son tiempos de buenas maneras, aunque sólo sea fingirlo en público.

Conesa paga y deja el bar. Otro cliente se apresura a coger el diario que ha dejado en la barra mientras Ballesteros pide lo suyo.

—Se trata de que te infiltres en ambientes obreros para recabar información acerca de activistas —le ordena Arias a Conesa, después de explicarle lo sucedido con el coche de Franco—. Conocemos tu experiencia en saber moverte entre los subversivos. Si la cosa sale bien, podrías merecer un ascenso.

A Conesa le brillan los ojos al oír esto último. Ya lleva demasiado tiempo arrastrándose por la calle, inspeccionando domicilios sospechosos de estraperlo o robos. No le iría mal compartir despacho en una comisaría y con algo más de sueldo. Su padre, antiguo funcionario, ya le había dicho que en la administración las mejoras sólo se obtienen trepando al precio que sea, si no quieres quedarte en simple meritorio o auxiliar, yendo toda la vida a buscar cafés para los jefes. Acepta encantado.

3

Las pilas de ropa sucia de los niños se acumulan en la lavandería del hogar infantil de Auxilio Social, donde Luisa, antigua presa política, está redimiendo sus penas a cambio del trabajo mal pagado. De rostro bondadoso, cabello y ojos castaños, y delgada más por la falta de alimentos que por constitución, a sus 31 años se siente mayor de lo que en realidad es. Su padre había muerto en el frente y su madre fue encarcelada, junto con su hija, por ser esposa e hija de "rojo".

Entre aquellas paredes grises y desgastadas, chorreando humedad y tristeza, ve cómo su vida se va deshilachando igual que algunas de las prendas que lava, que ya piden convertirlas en trapos.

Queda lejos su adolescencia y juventud con sus padres, una vida sencilla pero feliz, condicionada por el compromiso social, por los ideales de su padre. Sus merendolas con sus primos o amigas en el prado de San Isidro, los mítines republicanos en las plazas, su paso por la escuela…, todo destruido por la guerra y la represión posterior.

Ahora vive sola en un cuartucho de un edificio de pisos del siglo anterior, cuyas paredes se aguantan de milagro, en el mismo barrio donde se encuentra el hogar infantil, repleto este de criaturas de todas las edades y sexos, víctimas involuntarias de la política de limpieza ideológica del Régimen; por ser hijos de la Anti-España.

Luisa carga un cesto con ropa limpia y cruza el patio donde los niños juegan, ajenos a su destino forzoso de ciudadanos de la Nueva España. Las caras famélicas de algunos denotan su estancia en el hogar por ser hijos de la miseria, de familias sin significación

política, pero hundidas en la pobreza, cuyos niños han acabado en estos hogares ante la imposibilidad de mantenerlos. Comparten escasez y rígidas normas con los hijos de los rojos.

Sortea a niños chutando pelotas reventadas o leyendo tebeos bajo el porche. Llevan las cabezas rapadas para prevenir la tiña y los piojos. Sube a las habitaciones, largas salas con camas alineadas, y deposita el cesto junto a la entrada.

—¿Ya lo has lavado todo? —pregunta una mujer de mediana edad de rostro severo con el moño recogido, descendiente de algún antiguo hidalgo mesetario, vestida con uniforme azul y un delantal blanco con el emblema de Falange y las palabras “Auxilio Social” bordados en el mismo.

—Sí, doña Amalia —responde obediente Luisa—. La ropa de esta sala viene toda en el cesto. ¿Manda algo más?

—Vete a buscar la del otro dormitorio. Mañana hay revista del hogar y todo debe estar limpio, no sea que se presente de improviso el Delegado de la zona.

Luisa vacía el cesto y se va con él hasta el siguiente dormitorio para recoger la ropa sucia. Las camas están hechas y los pocos pertrechos de los internos aparecen ordenados en estantes. Por descontado, sólo se puede apreciar lo material, los enseres, pero no se puede oler la incertidumbre, la impotencia, el miedo, la falta de calor humano de aquellos menores alejados de los suyos. Emociones que no se pueden guardar en una mesilla de noche destartalada, sino que sólo se pueden llevar a cuestas en el propio ánimo, en el corazón, malherido por un pasado ensangrentado.

4

Ha llovido y los charcos empapan la calle con mal drenaje de barrios improvisados en el Madrid de la postguerra. Algunos edificios o fábricas destruidas por las bombas facciosas durante la guerra aún siguen dando testimonio de la campaña militar de destrucción disciplinada durante aquella época. No hubo piedad ni para los arbolitos de las calles, arrancados por las explosiones, y que ahora sólo muestran el cerco desnudo donde antes hubo vegetación. No sólo fue una campaña militar, sino también una guerra de extirpación social e ideológica.

Conesa conoce estos barrios de aluvión de cuando, recién terminada la contienda, se infiltró en una célula de resistencia roja para desmantelarla. Algunos de sus miembros yacen ahora en la fosa común de algún camposanto, fusilados. Por experiencia sabe que las tabernas siempre han sido el mejor escenario posible para hallar información. Prueba con una con clientes de aspecto “de sencillos”. Se ha vestido de manera informal, nada de traje y corbata, más bien sencillo como cualquier trabajador; incluso hoy no se ha rasurado y se ha comprado tabaco de picadura para parecer más pobretón. La cuestión es dar el pego, despistar.

Entra en el local y se dirige a una mesa del rincón. El interior permanece poco iluminado, hay restricciones. Humedad y alguna telaraña en el techo. Los insectos son los que mejor viven en esta época, pican y chupan a los humanos que ahora carecen de higiene y nutrición suficientes. Unos pocos clientes forman el paisaje tabernario, junto con el propietario tras la barra limpiando vasos. En las estanterías, botellas de vino o licor barato, seguramente de estraperlo. Paredes con carteles taurinos y algún aviso. La gente, trabajadora, taciturna, en silencio, vencida por la apisonadora del Régimen. Unos beben y fuman; otros, comen lo que hay: sopas de ajo, gachas, lentejas, pellejo de naranja frito o tortilla de patatas sin huevos ni patatas a base de una pasta de harina, bicarbonato y agua, y mondas.

Desde la mesa, observa a los presentes. Se fija en uno de ellos: un treintañero delgado de aspecto inquieto, que está leyendo un periódico. Conesa, como quien no quiere, coge su vaso y se acerca a la mesa del otro.

—¿Pone algo interesante? —hace ver—. Hace días que no sigo las noticias.

—¿Las noticias? —repite el joven, mientras se inquieta un poco al ver que el extraño toma asiento—. Las noticias en este país se limitan a los éxitos del Régimen, al fútbol y a los toros.

Conesa esboza una sonrisa y, oliendo el pescado, le sigue la corriente, con la intención de confraternizar.

—Eso mismo pienso yo. Demasiada propaganda. Me llamo Chacón —se inventa Conesa—. Soy electricista.

—Domingo —se presenta el joven.

Conesa hace ver que habla bajo, como ocultándose:

—He estado casi cinco años empleado como mano de obra para trabajos forzados en la construcción de la prisión de Carabanchel —suelta Conesa, mientras el otro lo mira extrañado ante su indiscreción—. Si pudiera contactar con alguien…, para poder pararles los pies a los facciosos…

Domingo deja el periódico, vacía su vaso de vino y se queda pensativo. Se arriesga:

—Si quieres, puedo presentarte a unos amigos. Luchadores.

—Me encantaría. Hay que vengar todo lo que nos han hecho —dice Conesa.

En la calle, Domingo camina al lado de Conesa. Lo lleva a algún lugar que aún desconoce. Después de una buena caminata para ahorrarse el tranvía, llegan a las casas bajas de El Pozo. Domingo golpea la puerta y alguien la entreabre, pero en seguida hace la intención de volver a cerrarla.

—Es un amigo, Fermín —alerta Domingo.

La puerta se abre y pasan al interior. También está Alfredo.

—Chacón ha estado construyendo Carabanchel, como recluso —dice Domingo haciendo las presentaciones—. Le gustaría unirse a nosotros para cantarles las cuarenta a los facciosos.

—Les voy a hacer pagar los años de trabajos forzados —añade Conesa en un alarde interpretativo.

—Ahora mismo estamos preparando algún sabotaje —empezó a referir Fermín—. En los ferrocarriles o en el puerto, ya se verá. Después del fracaso del atentado contra Franco…

A Conesa se le ilumina la cara, pero debe disimular. Está en la madriguera.

—El compañero que lo intentó está a salvo en un piso franco pero tendremos que buscarle otro para despistar a los sabuesos —explica Alfredo.

—Ahora no tenemos más tiempo. Tenemos que ir a hacer unas comprobaciones en campo para decidir la acción, pero pásate mañana a la misma hora y veremos qué puedes hacer —concluye Fermín.

Domingo y Conesa dejan la casa y se alejan del barrio. Se despiden hasta mañana.

Conesa no tarda ni una hora en personarse en el despacho de Arias e informarle sobre lo que ha descubierto y sobre los planes de los clandestinos.

—Mañana mismo procederemos a su detención, antes que vuelen —dice Arias, a la vez que lo felicita.

Al día siguiente, agentes de la Brigada Político-Social permanecen camuflados cerca de la casa de Fermín. El objetivo es pillarlos a los tres. Conesa, escondido en una esquina, se cerciora de que los otros hayan llegado. Cuando ya están los tres en casa, Conesa da la señal y los agentes, pistola en mano, llaman a la puerta. Cuando empiezan a abrir tímidamente, una patada de unos de los policías sorprende a los militantes que ven cómo

los agentes irrumpen en la casa y los encañonan. Los esposan y, seguidamente, se los llevan a unos coches negros que acaban de entrar en la calle. La policía empieza a registrar la casa, metiéndola patas arriba. Sobretodo buscan armas, explosivos, dinero, pasaportes falsificados, planes de acción, folletos subversivos…

Con tanto coche oficial y tanto policía se ha armado un gran revuelo en el barrio y la gente se agolpa lejos para ver lo sucedido. No es que sea la primera vez; a veces la policía viene a pillar ladrones que esconden la mercancía en esas casas baratas.

Los detenidos se encuentran en los calabozos del Sol. Los han metido en celdas por separado para que no se comuniquen entre ellos. Domingo está deshecho. ¿Cómo podía haber caído tan tontamente en la trampa de aquel sujeto, que se hacía llamar Chacón? Un patinazo de novato que les puede costar caro a los tres.

—Buen trabajo, Conesa —lo felicita Arias —. En el tugurio han encontrado una pistola, algo de dinero y propaganda, suficiente para emparedarlos. Pero me interesa más el asunto del atentado fallido, y su autor. Necesitaremos "que canten".

—Tarde o temprano, lo harán —se entusiasma Conesa-Chacón.

—Sólo se necesita "presionarlos" —sugiere Ballesteros, con una sonrisa cínica en los labios.

—Que suban a un tal Fermín, parece el cabecilla —ordena Arias.

Pasado un rato, un guardia hace acto de presencia con Fermín esposado y cabizbajo.

—Tu nombre —le pide Arias.

—Fermín Goñiz.

Domingo comprueba la documentación del detenido.

—Se corresponde con sus papeles —dice.

—¿Qué sabes acerca de un atentado contra Franco hace unos días? —interroga Arias, pero Fermín no responde—. ¿Y sobre su autor, le conoces?

Fermín sigue en silencio. Ballesteros se le aproxima y le propina un puñetazo en el estómago. Fermín se retuerce.

—Y ahora, ¿sabes algo? —insiste Arias.

Fermín permanece callado y dolorido. Domingo le asiste un puñetazo en plena cara y empieza a sangrar por la nariz y boca. Fermín ya se lo esperaba, pero aguanta. Otro golpe por la espalda lo hace caer, le dan puntapiés. Desde su aturdimiento ve la visión lejana de su mujer y de su hijita muertas en un bombardeo, sus sonrisas antes de la guerra, la carita de la pequeña…

—¡Nada! —exclama Arias—. La próxima vez usaré "métodos" más expeditivos, como los que utilizaba en Málaga, y ya lo creo que cantará. Que suban a otro.

Entran a Alfredo. Le preguntan lo mismo pero tampoco responde, se muestra ausente. Ballesteros va a su despacho y regresa con un bastón. Empieza a darle bastonazos en las extremidades y en la espalda. Alfredo gime de dolor pero aguanta, peor eran las trincheras, las balas perdidas y las granadas de mortero. Hasta que uno de los golpes le rompe la clavícula y se desploma. Se lo llevan a rastras.

Traen a Domingo.

—¡Hombre, el camarada! —exclama Conesa al verlo entrar, y sonríe—. ¡Me querías enrolar, rojo de mierda!

—El electricista. Admito que además de soplón eres buen actor —suelta Domingo.

Los policías se quedan sin habla y con la mirada grave.

—Te vas a enterar si soy buen "electricista" —le espeta Conesa.

Lo bajan al sótano y lo introducen en una estancia con una silla metálica sobre un podio de madera, conectada a unos cables eléctricos.

—¡Desnúdate! —le ordena Conesa.

Domingo cambia de expresión y empieza a mostrarse asustado. Se desnuda del todo, lentamente. Le hacen sentarse en la fría silla y le atan las extremidades con unas correas.

—Esto te debe sonar, ¿no?, ¿cabrón? En vuestras chekas también se utilizaba.

Conesa le pone algunos de los cables en los genitales, coge un aparato eléctrico conectado a los cables y lo enchufa.

—¿Cómo has dicho que se llamaba el del atentado?

Domingo no responde. Conesa le da al contacto y el interrogado lanza un grito tras recibir la corriente.

—¡No he entendido bien su nombre!

Domingo sigue en su mutismo. Conesa aumenta la intensidad de la descarga. El grito es ahora mayor.

—¡Te voy a freír los huevos si no colaboras!

El joven torturado siente mucho dolor pero no quiere "colaborar", no quiere delatar a nadie, no quiere traicionar la causa.

Conesa vuelve a aumentar la intensidad y aplica la corriente. Los gritos se convierten en alaridos. El dolor es insoportable.

—¿Su nombre?

—¡Parra! —acaba confesando Domingo, al límite. Lo siente mucho, muchísimo, pero es que es algo insoportable, inhumano.

—¿Quién es ese Parra? —interviene Arias.

—No lo sé, lo juro. No lo había visto en mi vida —responde Domingo, casi sin sentido. Tiene los genitales ennegrecidos.

—Llevadlo a enfermería y bajad al cabecilla a la "bañera" —les ordena.

Media hora más tarde bajan a Fermín y lo introducen en un cuarto de baño normal pero con bañera llena de agua fría.

—Uno de tus compinches ha confesado que un tal Parra fue el brazo ejecutor del atentado. ¿De quién se trata?

Fermín, con el rostro con moretones y sangre seca debido a la paliza, persiste en su silencio.

Arias les hace una indicación a los otros dos que cogen a Fermín por el cogote, lo hacen arrodillarse junto a la bañera y le introducen la cabeza. Cuando el preso empieza a menearse por falta de aire le sacan la cabeza.

—¿Quién es Parra?

Fermín se muestra tozudo en su silencio y le vuelven a sumergir la cabeza, ahora durante más tiempo. Cuando su cuerpo empieza a temblar, la vuelven a sacar, y así varias veces, hasta que llega a un punto que empieza a perder el conocimiento y lo tienden sobre el suelo boca abajo.

El heroísmo, la lealtad, también tienen un límite y Fermín ya no puede aguantar más. Cuando se recupera acaba confesando. Les dice quién es Parra, su aspecto, dónde encontrarlo… Se siente vil, por su debilidad, quizá cobardía, pero es que no podía más.

Los tres agentes se sienten satisfechos y salen a celebrarlo. Entran en el bar Sol y piden un botellín de cerveza para cada uno. Total, son como muchos que se encuentran en el interior: funcionarios, buenos padres de familia, cumplen con su obligación… Ensuciarse las manos con sangre forma parte del oficio en un régimen tenebroso.

En el interior del piso franco, Parra está preso de la indefensión y de la incertidumbre al no saber nada acerca de los compañeros detenidos; nadie se ha puesto en contacto con él, tampoco sabe si queda "alguien" para hacerlo. Las horas van cayendo como el calabobos, de forma continua y sin fin. Casi ha agotado las existencias de tabaco y de víveres.

Suena una sirena en la calle y Parra salta de la cama presintiendo lo peor. Mira discretamente por la ventana y ve salir de un coche celular a policías con armas. No se lo piensa, ya sabe a por quién vienen. Se pone la chaqueta, con el arma en el bolsillo, y sale disparado escaleras arriba, a la vez que oye como algún vecino les abre el portal. Parra se dirige a la azotea; en el momento de abrir la puerta hace un chirrido que alerta a los agentes:

—¡Policía! —gritan mientras empiezan a subir las escaleras corriendo y con arma en mano. Detrás de los uniformados va Conesa.

Ya en la azotea, con sus lavaderos y tendederos, llena de cagadas de paloma y con las paredes de las barandas con el ladrillo a la vista fruto de la falta de conservación, Parra corre a un lado y a otro buscando una posible huida. La azotea del edificio vecino queda a unos dos metros por debajo y no duda en saltar. La policía hace acto de presencia en la azotea y disparan contra Parra quien esquiva las balas y salta a otro edificio donde encuentra la puerta que da a las escaleras, abierta y las baja lo más rápido que puede. Se oye otro tiro.

Parra llega al portal y sale a la calle pero sin correr, con normalidad. Más allá ve el coche de policía estacionado, pero él se dirige calle abajo y coge el primer autobús que pasa, al azar. Mientras se aleja del barrio, aún tiene alguna esperanza de poder escabullirse, aunque es consciente de que alguien se ha ido de la lengua, con o sin querer, u obligado, y pasa a ser presa de caza humana.

—¡Me cago en su estampa! —exclama Conesa, viendo que se le ha escapado por segunda vez. Y le ordena a un número:— ¡Llama a comisaría y que alerten a las unidades!

5

Todos los dormitorios disponen ya de la ropa limpia de los chicos. Luisa ha terminado su jornada y se dirige a su casa. Los tranvías chirrían a su paso por las calles adoquinadas y suenan sus timbres de aviso ante algún peatón despistado que cruza por donde no debe. En las ventanillas se ven caras pegadas al cristal, caras de tristeza, de cansancio por la larga jornada, de resignación bajo una existencia controlada.

Luisa tuerce por una calle, baja por unas escaleras debajo de un viaducto y nota que un hombre está medio escondido tras un pilar. No tiene aspecto de malhechor, pero tampoco se le ve zarrapastroso, mendigo.

—¿Se ha perdido? —se aventura a preguntarle. Parra, desconfiado, no le contesta—. Quizá me estoy metiendo donde no me llaman.

Ella hace amago de proseguir su camino pero Parra la detiene:

—Espere —le dice mientras mira a un lado y a otro—. En realidad, me persiguen.

—¿Quién le persigue?

—¿Quién va a ser? Los amigos del Orden de este país.

Luisa sonríe y empieza a comprender que se trata de algún desafecto.

—Yo soy hija de represaliados —le confiesa Luisa—. Me hacen trabajar en un hogar infantil.

—A mí me está buscando la policía por activista.

—Vivo aquí cerca. Si quiere venir… Puede fiarse. Nos tenemos que ayudar entre nosotros.

Parra no tiene nada que perder, no conoce a nadie, no tiene a ningún lugar a dónde ir… Se la juega, no parece mala chica.

—Se lo agradezco.

Luisa toma la delantera y se dirige a la otra parte del viaducto. Parra la sigue alejado, discretamente, si lo descubrieran no quiere implicarla. La chica llega a la calle donde vive y abre el portal. Antes de invitarlo a entrar mira las dos esquinas, por si hay mirones. Le

hace una señal para que entre. Suben la escalera empinada. Se oye el berrinche del niño de algún vecino y alguna que otra señora cantando cuplés. Abre la puerta e invita a pasar a Parra. Nadie les ha visto. Mejor que hablen bajito porque las paredes son de papel y, aunque se trata de vecinos de extracción obrera, siempre puede haber algún tonto que sea del sindicato vertical, que, encima, cree que ha de estar agradecido con el Régimen.

—¿Quiere un tazón de café con leche? —se interesa ella.

—Por favor, no me hables de usted. Me llamo Juan Parra.

—Yo, Luisa Torres.

Parra la pone al día. Le explica quién es, su pasado y por qué le buscan para detenerlo.

—¡No es poco! ¡Querer cargarse al dictador!

Unas galletas mojadas en el tazón lo hacen revivir. Por un instante le evoca su infancia, cuando su abuela le daba lo mismo para desayunar. Poco es mucho.

—¿Así que trabajas en un hogar infantil? —se interesa él.

—Más que hacerme trabajar, me explotan —aclara Luisa—. Pero, en fin, ¡pobrecitos los niños! A los mayores también les hacen trabajar, en el campo o sirviendo, aunque los gerifaltes se lo escondan.

—Y en el hogar, ¿qué hacen?

—Ir a clase, a misa… La disciplina es severa, los castigos no se hacen esperar, incluso las palizas para los más díscolos, o dejarlos sin comer si se fugan. Los instructores falangistas no se andan con chiquitas. Consideran la educación como una prolongación de la vida militar.

—Vamos, como la escuela de la República, ¿no?, que quería formar personas, ciudadanos, y no títeres —añadió Parra, recordando viejos tiempos.

—Lo peor son los abusos de todo tipo, incluidos los más íntimos. Cuidadores o curas que les meten mano o cosas peores, abusando de su inocencia e indefensión.

—¡Serán…! —exclamó él indignado.

—Los más listos llegan a completar sus estudios e incluso a hacer una carrera. Pero la mayoría acaban como asalariados. En cualquier caso, se trata de que, cuando terminen su paso por los hogares, les quede bien claro quién manda en el país y que ellos son los hijos de los vencidos.

—No quisiera comprometerte con mi presencia aquí —dice Parra, dando el último sorbo de café—. Es peligroso.

Luisa se acerca a la ventana y aparta un poco la cortina para poder vigilar la calle.

—¿Hay algo que no sea peligroso en este país? Siempre con el miedo en el cuerpo…

—La gente intenta no tenerlo, hace su vida cotidiana, como si nada, supervivencia —contesta Parra.

—Mucha gente no ha sufrido ciertas situaciones —concluye ella mientras se acerca al hombre—. Si quieres, por el momento puedes quedarte, hasta que encontremos un escondrijo mejor.

—No sé si debo…

—¿Se te ocurre algo mejor, con la policía pisándote los talones…? Ya improvisaremos un colchón en la sala-alcoba.

Mientras tanto, Conesa y su brigada iban peinando las calles del barrio, sin éxito. Los otros tres “terroristas”, torturados, ya estaban en la cárcel, pero le faltaba el ejecutor del atentado, su pesadilla. A los vecinos curiosos que preguntaban “qué pasaba” con tanto despliegue en la calle, les decían que estaban buscando a unos atracadores. Tendría que seguir alguna otra pista.

La llaman al despacho del director. Luisa ignora de qué se trata, siempre ha hecho bien su trabajo y ha ido con pies de plomo en todo. Antes de entrar llama con los nudillos.

—¿Da su permiso, señor Ayuso?

—Pasa, Luisa.

El despacho es sobrio pero impone como todos los de su estilo. Los habituales cuadros de los líderes del Movimiento Nacional; las banderas, la nacional y la de Falange. Se trata de empequeñecer a quien entre.

—Te explico —empieza a decir el director, cincuentón con bigote trazado—. Uno de los internados, Pablo Medina, se va a vivir con un matrimonio, en régimen de adopción. Él es alto funcionario y no tienen hijos. Será una buena obra que pueda criarse con esa gente. Sus anteriores padres tienen malos antecedentes. Le hemos cambiado el apellido por el de Sáenz, el de su nuevo padre. Así nunca podrá ser reclamado por los otros. La nueva familia dispone de sirvienta, pero hemos pensado que les serías útil echándoles una mano en los quehaceres de la casa. Empezarás mañana mismo, a las ocho. Te escribo la dirección donde viven. Será tu nuevo trabajo.

—Como usted mande, señor director.

Al bajar al patio para ir a recoger sus cosas, se cruza con una de las vigilantes, acompañada de un niño de unos tres años, enclenque y atemorizado, y un señor de mediana edad, trajeado y de aspecto severo, que le lleva una maletita. Luisa cree que debe tratarse de ellos.

De vuelta a casa, compra provisiones y tabaco, pero lo hace con un vendedor ambulante desconocido, para no despertar sospechas. Le explica a Parra su nuevo destino.

Al día siguiente, Luisa se persona en el domicilio indicado. Se trata de un edificio sólido del centro de la capital, un piso amplio y con buenos muebles. Felisa, la criada, la hace entrar por la escalera de servicio y la conduce ante el cabeza de familia.

—¿Tú eres Luisa? —le pregunta el hombre.

—Sí, señor.

—Felisa té dirá en qué la puedes ayudar.

En el salón contiguo, la señora de la casa está revisando el atuendo de Pablito. Felisa recoge del suelo unas prendas del niño y hace un ademán a Luisa para que la siga. Se meten en una pieza donde hay un cesto con ropa para planchar.

—Ya puedes calentar la plancha y empezar con las sábanas —le manda Felisa, cuarentona con el moño gris sujeto detrás, vestida de negro con cofia y delantal blancos—. ¿A ti también te mandan los de Auxilio Social?

—Sí —responde Luisa mientras coge la plancha—. Del hogar, en donde también estaba Pablito.

—Y te habrán dicho que es una buena obra y tal, ¿no? Pues sí, pero no siempre sale gratis. Algunas familias acomodadas sueltan dinero por debajo para que todo sea más rápido y el niño esté sano.

De vuelta a casa, con la espalda destrozada por las horas de plancha, Luisa se lo cuenta a Parra.

—¡Vaya hijos del demonio! ¡Robarle el hijo a una familia! —exclama indignado.

Luisa hace un esfuerzo con su esqueleto y empieza a preparar una sopa con pan seco, ajos, cebolla y alguna que otra hortaliza. En el exterior, el día se funde y Luisa se levanta para encender la bombilla con luz paupérrima. Parra también se levanta y se le aproxima como diciéndole “gracias por todo”. Ella le acerca la cabeza y la de los dos se tocan. La chica le da un beso fugaz y vuelve a sus cosas.

Los días pasan, Luisa con su rutina de trabajo y Parra sin saber qué hacer, a dónde ir, cómo contactar con otros resistentes. Harto, una tarde se camufla lo mejor posible bajo

una gorra y se atreve a salir a la calle, a mezclarse con la gente. Hace un bonito día, se está bien de temperatura y quiere respirar, en todos los sentidos.

Al cruzar por un paso de peatones, un taxista que está esperando que el semáforo se ponga en verde le llama la atención su cara. Hay muchos taxistas que son confidentes de la policía, han estado avisados sobre el paradero desconocido de un tipo con las características tal y cual. Cuando puede avanzar, tiene una corazonada y sigue al individuo discretamente. Parra llega frente a un quiosco y empieza a leer las portadas, busca unas moneditas para comprar un periódico y hojearlo, momento que aprovecha el taxista para apearse y correr a un bar en busca de un teléfono. Llama a la policía.

Pasado un rato llega un coche negro pero sin sirena, para no despertar sospechas. Salen cuatro hombres de paisano del interior y miran alrededor, buscando al informante. El taxista se les acerca y señala con la cabeza al sospechoso. Los agentes lo rodean sin que se dé cuenta, abstraído como está leyendo.

—Policía. Documentación —le pide Conesa.

A Parra le sienta como un mazazo cuando oye la frase. No puede ser. Cazado por tonto. Teme por Luisa. Hace un amago de querer huir pero Conesa le enseña la pistola que lleva bajo el sobaco. Parra se detiene, comprende que no hay nada qué hacer. Se resigna. Lo llevan hasta el coche y lo introducen. De camino a comisaría, ve desfilar a la gente por las aceras, el "pueblo" al que él querría mejorar su vida. Este "pueblo" víctima secular de quienes no quieren perder sus privilegios, pero también de los extremismos, de las divisiones dentro de su propio bando.

Llegan a su destino en Sol y lo conducen a las dependencias. Arias ya ha sido informado y los espera en su despacho. Hacen entrar a Parra esposado. Conesa y los otros dos policías lo vigilan.

—¡Vaya, por fin tenemos aquí al terrorista! —exclama Arias lleno de júbilo.

—No sé de qué me habla —dice Parra para despistar—. Me han pedido la documentación y como la había perdido por eso quería marcharme.

—¡Será cabrón! —lanza un Conesa molesto.

—¿Cuál es tu nombre? —le interroga Arias.

—Juan Parra, desempleado.

—Ya. ¿Te suenan los nombres de Fermín, Alfredo y Domingo?

—No.

—Pues ellos sí que te conocen.

—Será otro Parra, hay muchos.

A Arias se le enciende el rostro al oír la excusa. Le hace un gesto a Conesa, quien le propina un puñetazo al estómago. Parra siente un dolor extremo pero está dispuesto a morir, si es necesario, antes que delatar a Luisa o decir dónde está su piso. Suerte que no ha pensado en coger la pistola antes de salir del piso.

—Se nota que tienes tablas y eres avispado, pero tarde o temprano mis compañeros te harán cantar. Nadie se les resiste.

—Yo sólo soy un desempleado —insiste Parra.

Y recibe un sonoro bofetón. Los policías esbozan unas sonrisas sádicas.

—Lleváoslo al calabozo —ordena Arias. Y dirigiéndose a Parra: — Nos volveremos a ver, y será peor para ti.

Lo sacan a empujones. Arias se queda solo y concentra su mirada en la lámpara de la mesa. Esta vez no se burlará de él. Debido a la gravedad del caso –el intento de magnicidio- y a las presiones que está recibiendo de Gobernación, si es necesario le aplicará todos los "medios persuasivos" posibles para que confiese.

Al día siguiente Arias reúne en su despacho a Parra y a sus tres camaradas para que lo identifiquen, pero todos niegan conocerle. “Será otro Parra”, dicen. Se portan bien los compañeros. Siente lástima por el estado en que los han dejado después de las palizas.

Luisa llega a casa y no ve a Parra, pero todo está en orden. No ha entrado nadie. ¿Dónde se habrá metido? No le conviene salir a la calle, es peligroso. A pesar del cansancio de la jornada, se queda en vela toda la noche por si regresa. Pero no es así. ¿Le habrá pasado algo?, ¿se habrá cansado de ella?, ¿se habrá ido expresamente para no comprometerla? Nada, no comparece. A la mañana siguiente, por la radio oye que han detenido a un peligroso bandido. Se le encoge el corazón. Cuando hablan de “bandidos”, ya se sabe a qué se refieren.

Arias está revisando unos informes que le han dejado sobre la mesa. Nada sobre Juan Parra. No está fichado. Ha dicho que vivía en la calle. ¿Quién es, pues, realmente, el Juan Parra que tiene en el calabozo? ¿Y si lo torturan y no es el terrorista que busca? Mejor pensar en otra estratagema para que cante. Anoche leyó un artículo acerca de un famoso psiquiatra del Régimen que estudia a los convictos “rojos”; quizá sea mejor usar métodos más modernos, más “científicos”. Hará llamar a este médico. Les refiere la idea a sus colegas, que no lo ven muy claro, pero, en fin.

Al día siguiente, se presenta el experto en psicopatología, un hombre de mediana edad de boca ancha y nariz abultada, entradas en la cabeza y bigotillo al uso. Trajeado y sonrisa forzada.

—Soy el doctor Antonio Valle —se presenta.

—Siéntese doctor —le saluda Arias mientras le estrecha la mano—. Leí un artículo acerca de sus estudios sobre los presos marxistas y debo decir que me sorprendió.

—En efecto, ya hace años que investigo la relación entre el izquierdismo y la inferioridad mental. La raza española se degeneró con la aparición de la República, felizmente finida gracias al Generalísimo.

Arias ha leído horas antes de recibir la visita del coronel médico un informe sobre su trayectoria profesional e ideológica: Cuerpo de Sanidad Militar, estudios en Alemania, vínculos con Auxilio Social, docente, admirador del nacionalsocialismo, director de los Servicios Psiquiátricos del Ejército nacional, director del Gabinete de Investigaciones Psicológicas, nacional-católico…

—Es preciso descubrir y eliminar el gen rojo que intoxica el ideal de raza española —siguió explicando Valle—. La lucha de clases ha sustituido a la religión, al patriotismo y a la familia, trasmisoras de nuestros valores. Los marxistas no son más que unos acomplejados, resentidos, vengativos, rencorosos y envidiosos. En sus filas abundan los débiles mentales y los incultos abocados al materialismo y alejados de los ideales superiores. La mujer debe estar por debajo del varón y destinada a la maternidad.

—Precisamente por tales razones le he hecho llamar. Para consultarle acerca de un detenido en estas dependencias, un presunto terrorista que quería atentar contra Franco, pero no sabemos si el sujeto en cuestión es o no a quien buscamos.

Arias le explicó lo sucedido en el atentado fallido y la búsqueda y detención de Juan Parra, que niega su participación en los hechos.

—Estos individuos son hábiles mentirosos y saben camuflar muy bien su identidad —dedujo Valle.

—Necesitaríamos si usted, doctor, que los estudió en campos de concentración, pudiera aportar su experiencia en estos degenerados sociales, y descubrir si es él o no el autor del atentado. Se trata ni más ni menos de un acto contra el Caudillo.

—Entiendo la gravedad de los hechos y me imagino las presiones que recibe desde arriba. Haré lo posible para esclarecer el caso. Le haremos una exploración biopsicológica. Envíenmelo a mi consulta.

7

A la mañana siguiente, a Parra lo trasladan esposado del calabozo de Sol al hospital psiquiátrico donde trabaja el equipo de Valle, en Ciempozuelos. Las ventanas del primer piso disponen de rejas y un patio central hace de distribuidor de servicios. Al entrar en él, Parra oye algunos lamentos parecidos a gritos, seguramente de los internos. Algunos de ellos son trasladados desde la sala-dormitorio a habitaciones donde reciben tratamiento. Enfermos y cuidadores visten largas batas blancas y gorro. Algunas monjas enfermeras trasiegan por la galería cubierta. Parra siente cierto escalofrío; una cosa es que le consideren un subversivo y, otra, un loco. Habrá que aguantar. Lo conducen al primer piso donde se encuentran las consultas y le hacen entrar en una de ellas. Se trata de la de Valle, con una mesa discreta, camilla de exploración y armario con instrumental médico. Los dos guardias que lo acompañan, uno de queda fuera en el pasillo y el otro entra con Parra, le obliga a tomar asiento frente a la mesa y el guardia se sienta discretamente en una silla en un rincón por si es menester. En la pared, las fotos eternas de los salvapatrias controlándolo todo ni que sea en efigie. Hace su aparición el médico, con bata blanca, y toma asiento.

—Así que tú eres Juan Parra —empieza a decir hojeando los informes que le ha hecho llegar el comisario—. Yo soy el doctor Valle, coronel, director de este Centro. ¿Sabes por qué vienes?

—Pues, no.

—“No, doctor” —le corrige Valle.

—No, doctor —rectifica Parra presintiendo que se trata de un médico militar fascista, por el tono y el aspecto—. No sé qué tengo que ver con un manicomio.

—Ya lo veremos. Primero haremos las exploraciones oportunas— el médico coge el teléfono y ordena que vengan sus ayudantes.

Se trata de dos jóvenes médicos cuyos semblantes bien afeitados y peinados con gomina, recuerdan los retratos de José Antonio.

—Pesadlo y medidlo —les ordena.

Los ayudantes levantan a Parra, lo llevan a un rincón donde hay un medidor de talla, y una balanza; lo auscultan, le miran la dentadura, le miden la cabeza con un craneómetro y la nariz con un vernier. Le extraen sangre. Van anotando los datos ante un Parra que se deja hacer, estupefacto. “Braquicéfalo”, oye que dicen. Lo vuelven a sentar frente al psiquiatra y éste abre un expediente.

—Háblame de tu familia. ¿Tus padres eran de izquierdas?, ¿te adoctrinaban desde pequeño? —empieza a preguntar Valle.

Parra se huele algo raro, pero no tiene alternativa: o seguirle la corriente al médico o que lo descubran y acabar en un paredón.

—Mis padres eran gente corriente, trabajadores, no se metían en nada. Yo empecé a trabajar de muy joven y nunca me interesó la política —se inventa, al fin y al cabo “al que quiera saber, mentiras a él”.

Valle le hace otras preguntas personales para poder llegar a conocer factores ambientales, como el medio ambiente familiar e individual político, religioso, social y económico, las aficiones, el nivel cultural, los posibles problemas de alcoholismo…; factores de formación de la personalidad social.

El médico enciende un cigarrillo, empieza a leer un cuestionario y a apuntar las respuestas. “Qué daría por dar una sola calada a este cigarrillo”, piensa Parra.

—Ahora, de las cinco categorías que diré, di cuál se ajusta más a tu conducta con otras personas:

1. Evita la agresión, incluso cuando se le grita.
2. Rara vez se encoleriza o critica a los demás.
3. No se muestra inhibido ni manifiesta excesivamente su agresividad.
4. Se inmiscuye en disputas.
5. Casi siempre agresivo.

Parra se lo pensó y eligió la 1. Mejor mostrarse pacífico como una oveja, como le gusta al Régimen.

Valle se levanta y se dirige a sus ayudantes:

—Bien. Seguid vosotros. Yo tengo una reunión. Pasadle los tests para diagnosticar su biotipo según Kretschmer, la reacción temperamental primaria, la actividad moral, el temperamento y su coeficiente intelectual.

Los ayudantes toman asiento y preparan los cuestionarios.

—Te vamos a hacer unas preguntas y se trata de que contestes "sí" o "no".

1. ¿Te resulta fácil exteriorizar tus emociones?
2. ¿Acaudillarías un movimiento con fines sociales?
3. ¿Fuiste siempre tranquilo y sosegado?
4. ¿Te dejas llevar por la cólera y la ira?

—Ahora debes contestar lo más rápido que puedas. "¿Por qué los lápices son más utilizados que las plumas?

1. Porque son de colores brillantes.
2. Porque son más baratos.
3. Porque no son tan pesados."

"Seco y mojado: ¿opuesto o sinónimo?"

¿Esta frase está en el orden correcto?: "¿Y, comer bien oro plata son?"

"3, 4, 5, 6, 7, 8, ¿qué números le siguen?"

"Pistola es a cuchillo lo que disparos es a…: correr, cortes, sombrero, pájaros."

"América fue descubierta por…: Drake, Hudson, Colón, Balboa."

Le muestran problemas aritméticos de dificultad creciente, que Parra debe solucionar. La sesión es larga. En el rincón, el guardia se está durmiendo.

Parra ha errado expresamente unas cuentas respuestas para que no lo consideren demasiado listo, se trata de despistar. Está cansado. A las dos de la tarde termina la sesión y se oye rugir los estómagos de los presentes. Los guardias reemprenden la custodia de Parra y lo devuelven al calabozo de Sol.

Pocos días después, Valle se persona de nuevo en Sol. Arias le está esperando, ansioso por el informe médico.

—La verdad es que los resultados de las exploraciones no son para nada concluyentes —empieza diciendo el psiquiatra, mientras abre el dossier con el historial dentro—. El diagnóstico de la personalidad social de Parra no encaja con el tipo esquizoide político, que define a los revolucionarios, individuos resentidos que acaban subvirtiendo el orden social, sino más bien concuerda con el tipo imbécil social, o sea, individuos incultos, torpes, sugestionables, gregarios. En el primer caso, habría sugerido un programa de reeducación política con sesiones de formación del espíritu nacional y educación religiosa, como hacíamos en los campos de concentración durante y después de la Cruzada nacional, pero tratándose de la otra tipología, no creo que sea necesario. Los medios del Régimen ya se encargan de ello. Y si no hay pruebas inculpatorias…

Arias se queda desolado al no haber podido resolver el caso, tendrá que seguir otras pistas. Parra queda en libertad vigilada, pero no sus compañeros, que son mandados a prisión por tenencia de material subversivo.

Parra se busca una pensión barata y algún trabajillo. Bajo ningún concepto se acerca a casa de Luisa, por si lo siguen.

8

La sesión plenaria de las Cortes Españolas de hoy ha sido larga y ceremonial en exceso. Los procuradores en Cortes llevan traje oscuro o, en el caso de los falangistas, uniforme blanco con su escudo en uno de los bolsillos superiores, y camisa azul debajo. Con sus bigotillos recortados, valoran satisfechos el Pleno y forman corrillos para hablar de sus cosas mientras algunos se dirigen al bar para tomar un jerez seco o uno solo. Entre los presentes, Abascal, antiguo camisa vieja, más por interés que por convicción, apura un cigarro puro Partagas. De mediana edad y semblante celtíbero, Consejero Nacional, empresario y de las JONS, comparte la barra del establecimiento con un colega suyo, Aguirre, muy locuaz y desenvuelto.

—Tus negocios en la construcción saldrán ganando con el futuro marco legal para la vivienda en régimen de propiedad, se creará un mercado de la vivienda privada. Ya sabes lo que ha dicho un cardenal: “No más proletarios, todos propietarios”.

—Ciertamente —dice Abascal—. Estos dos últimos años, el Estado sólo ha construido 26 mil viviendas baratas, muchas en alquiler.

—La mayoría de las familias aún no pueden permitirse ser propietarios —señala Aguirre.

—Se trata de impulsar los sectores financiero y de la construcción —sigue diciendo Abascal, desoyendo a Aguirre—. Y de activar la compraventa de terrenos y bienes inmuebles.

—¿Alguna obra nueva, últimamente? —pregunta Aguirre.

—Sí, en la plaza de Castilla en el poblado de La Ventilla: viviendas unifamiliares con corral de dos y tres dormitorios, con cocina-comedor y aseo. Una buena comisión para mí —le dice Abascal, bajando la voz para que no le oigan otros usuarios de la cantina.

—Mi cuñado ha montado una fábrica de cemento —le explica Aguirre—. ¿Podrías adjudicarle alguna contrata para tu obra?

—Por supuesto, Aguirre. Que se ponga en contacto conmigo. Pero —le aclara confidencialmente— que conste que en la obra se mezcla el cemento con arena para abaratar costes.

Ríen los dos. Apuran sus copas. En la cantina entran y salen sus señorías.

—Lo importante es reconstruir la Nueva España, al “precio que sea” —concluye Aguirre.

En La Ventilla, los obreros están levantando una pared con ladrillos de escasa calidad. Total, es para meter a descamisados de chabolas o de aluvión. Abascal va acompañado de Núñez, el encargado de obras:

—En una semana habremos terminado este sector. Después quedará pendiente el saneado de la calle pero ya es cosa del ayuntamiento. Las cloacas…

—Bueno, esto no tiene prisa. Lo importante es acabar las viviendas y cumplir con la Obra Sindical del Hogar.

A la entrada del recinto donde se está construyendo hay un cartel: “Se necesitan peones”. Unos cuantos hombres, la mayoría de aspecto meridional, esperan que les atiendan. Entre los presentes, Juan Parra. Un capataz se aproxima y se dirige a ellos:

—El hombre sentado en aquella mesa os inscribirá en la obra y os explicará las condiciones. Aquí poco cante y poco charlar, y mucho trabajar. Nada de botas de vino ni peleas, o te echan a la calle y sin cobrar.

El grupo se dirige al hombre indicado y se pone a hacer cola hasta que le toque el turno.

—¿Nombre? —le pregunta el hombre sin alzar la vista del papel.

—De todo un poco —contesta Parra, inseguro.

—Vamos, que… Coge aquella carretilla, que te la llenen de cemento y la llevas a una de las paredes que están levantando.

Y es lo que le toca hacer durante unos días, hasta que un compañero de trabajo le mira a los ojos e intuye que debía haber sido también combatiente, le regala una sonrisa de complicidad y le enseña el oficio de levantar paredes.

—El material es una mierda —le explica el hombre, con una cicatriz en la mejilla—, pero la cuestión es meter a la gente bajo cubierto y luego hacer propaganda de lo construido. ¿No ves el NO-DO en el cine? Una familia con casa, una familia feliz. Aunque la casa esté hecha mal y deprisa.

—Quizá por eso ya les convenía destruir durante la guerra para después poder construir —añade Parra.

—…Y algunos poder forrarse —se anima el otro—. Empresarios conchabados con políticos del Movimiento Nacional, que compran terrenos o los expropian por cuatro duros, y a construir. O especulan. No, si de “movimiento” haberlo lo hay, pero del dinero que se mueve…

El día está plomizo, cierta brisa amenaza lluvia y los obreros terminan la jornada. El montón de horas subidos en los andamios y acarreando carretillas con material –el día que hay, porque escasea-, les pasa factura en el cuerpo y en su semblante, agotados y silenciosos. Como mucho, alguna conversación los lunes sobre los partidos de fútbol o los toros, nada de política.

Parra se aleja de la obra para ir a coger el tranvía. Desde una elevación, divisa el espacio donde están construyendo. De aquí a unos meses estará poblado por gente venida de pueblos cercanos; pueblos sin futuro, con sueldos de miseria si se quedan labrando los campos, gente chillona y analfabeta que quiere un porvenir para los suyos.

Pasa junto a un local de Auxilio Social donde unos ancianos sin recursos, con vestidos raídos y zapatos más viejos que sus propietarios, depositan sus tarteras para que se las llenen de comida. En la esquina, reparten lotes de comida, ropa y calzado a familias. Mejor la caridad que la justicia social.

Llega a la pensión. Vive de patrona, una sesentona al menos de buen carácter que, para cenar, prepara un cocido con lo que encuentra en el mercado: repollo con hojas desmayadas, patatas con grillos, cebolla pintada con algo de moho, chorizos secos que vagamente recuerdan a cerdo, garbanzos duros con alguna piedrecita..., pero en estos tiempos sabe a gloria. Parra sube las escaleras, molido. Las paredes no se han pintado desde la primera vez que se construyeron, unas bombillas adornadas emiten una luz paupérrima debido a las eternas restricciones. Se oyen los lloros de chiquillos de algún piso, quizá tienen hambre, quizás hoy su padre no ha traído jornal alguno. Jode oír llorar a los niños, por hambre. Suena distinto al niño que llora porque protesta por algo.

En el interior, otros usuarios están ya en la mesa. En la pared un cuadro con *la última cena* disimula el espacio donde hubo otro con una mujer tocada con el gorro frigio, con la bandera republicana, la balanza, el himno y un león. Dolores es de familia republicana pero ya hace un lustro que lo tiene que ocultar por miedo a las represalias; nunca hicieron daño a nadie pero sólo por el hecho de serlo le podrían cerrar el local e incluso cosas peores. El fanatismo de los vencedores no tiene límites.

—¿Muchos ladrillos hoy, Juan? —pregunta la patrona.

—Los suficientes como para deslomarme.

—Se te ve en la cara. Anda, lávate y ven a cenar.

—Hoy tenemos “cocido del Ritz” —dice uno de los que comparten mesa, mientras la mujer le sirve.

—Muy guasón —protesta ella—. Quizá prefieras hacer cola en Auxilio Social.

—¡No! —dice el hombre—. Igual me obligan a cantar el *cara al sol*.

Minutos más tarde hace aparición Parra, aseado, y se sienta. Tiene más sueño que hambre, casi no acierta con la cuchara para coger una patata que flota en el plato.

Al día siguiente, en la obra el capataz se dirige a la cuadrilla donde está Parra nivelando una pared.

—¡A ver, vosotros! Necesito a uno que vaya a un domicilio del centro para arreglar unos desperfectos —se fija en Parra porque es a quien tiene más cerca: — Tú mismo. Esta es la dirección. Toma el dinero para el tranvía. Llévate lo necesario. Se trata de un alto funcionario, así que compórtate.

Parra asume el encargo y se dirige al centro. Qué distinto se ve el ambiente del centro, con la gente mejor vestida y alimentada, con sus sombreros y paso firme. Justifica su presencia a un obeso portero que le hace subir por la escalera de servicio. Sube al piso y llama. Le abre una criada y le dice que viene a arreglar unos desperfectos. Lo hace pasar y lo acompaña hasta el baño de los señores donde se han desprendido unas baldosas.

—Si necesitas algo me llamas —le dice la criada—, pero nada de merodear por la casa.

A Parra le duele que la criada lo trate con desconfianza, una trabajadora como él. Se pone manos a la obra. En un momento dado, en el pasillo se vislumbra la figura de otra mujer, más joven. Ella se gira hacia él y los dos quedan mirándose, sin dar crédito a sus ojos.

—¡Juan! —exclama ella, sin gritar.

—¡Luisa!

—Trabajo aquí, donde te expliqué —le cuenta ella mientras sigue con sus quehaceres, vigilando que no la descubran hablando con él.

—Me descubrieron y estuve detenido pero no pudieron probar mi identidad. Me soltaron y me fui a una pensión, encontré trabajo de albañil. No regresé contigo ni te dije nada acerca de mi paradero para no comprometerte.

En los ojos de ambos se percibe que están contentos del reencuentro. Se sonríen.

—¡Qué pasa aquí! —grita la criada, mientras se acerca—. ¿Festejando?

La pareja reanuda su trabajo.

—Nada, Felisa. El hombre me estaba pidiendo unos trapos —contesta Luisa, saliendo del paso.

—Pues, venga. Cada uno a lo suyo.

Cuando Felisa se dirige a la cocina, Luisa aprovecha la ocasión y le coge la mano de Juan un instante.

—Nos podríamos ver este domingo en El Retiro, después de comer. Allí hay más bullicio y podemos pasar más desapercibidos.

Parra asiente con la cabeza y le dirige una sonrisa.

En el parque, unas niñeras con cofia arrastran cochecitos con niños. Las familias pasean por los caminos y acaban reuniéndose en el gran estanque, donde las parejas reman. Juan y Luisa se han encontrado y permanecen sentados cerca del agua.

—Te he encontrado a faltar tanto, Juan.

—Yo, también. Pero ya te dije que no quería ponerte en riesgo innecesario.

—¿Has podido contactar con alguien?, ¿has planeado algo?

—No. Por el momento hay que dejar transcurrir el tiempo, hacerles creer que soy una persona más de la calle. Estoy hibernando.

—¿Podremos seguir viéndonos?

—De vez en cuando y en sitios como éste.

Luisa le da un beso discreto y él le sonríe.

9

Pasados unos meses, los nuevos pisos están listos. La celebración de la entrega de llaves de las viviendas de protección oficial no puede faltar, la propaganda ante todo. En el día elegido, todo el mundo debe estar presente: los nuevos residentes, los trabajadores que las han construido y, por supuesto, las autoridades: el alcalde local, la Falange, el párroco… Todos con el brazo en alto cuando hace aparición el máximo representante de la autoridad competente: un jefazo con uniforme blanco y camisa azul, de mediana edad, gafas redondas y calvicie incipiente. Sale del coche oficial y les larga un discurso vehemente.

En la última fila de los presentes, donde están los obreros, Parra sonríe discretamente ante el desfile. El hombre con una cicatriz, que le había enseñado a subir paredes, lo ve y también sonríe, y le dice en voz baja:

—A este cabrón poco le importan las viviendas. Seguro que él vive en un buen piso en la Castellana, quizás confiscada a algún exiliado, con chacha y cochazo. Eso sí, con la inauguración de hoy se queda con la conciencia tranquila. Y los desgraciados de aquí aun dándole las gracias, como si no fuera un derecho tener dónde cobijarse.

Terminada la celebración y acto patriótico, los dos se van calle arriba, mientras dejan detrás música de charanga y pandereta falangista.

—Me llamo Julián, antiguo sindicalista.

—Y yo, Parra, antiguo miliciano y exiliado. Atenté contra Franco pero fallé. Me detuvieron pero les pude dar el esquinazo. Mis compañeros no tuvieron tanta suerte.

—¡Caramba! ¡Vaya currículo revolucionario! No llego a tanto… Y ahora, ¿buen ciudadano de la Nueva España?

—En barbecho. Tenía que dejar pasar un tiempo prudencial para despistar a la policía. Pero de nuevo siento la necesidad de volver a la lucha.

—¿Alguna idea?

—Hasta hoy, no. Pero viendo al gerifalte ese pavoneándose, me han entrado ganes de hacer algo de nuevo. Quizá secuestrarlo.

—¡Joder! ¡No es poco! ¿Y cobrar una recompensa?

—No. Exigir la liberación de mis compañeros presos.

—¿Puedo ayudar? Me aburre sólo poner ladrillos.

—Si no sale bien…

—Asumo las consecuencias.

—Quedamos mañana viernes por la noche y hablamos. Ya pensaré en algo.

En la calle principal donde circulan los tranvías, los dos hombres se separan. Parra llega a la pensión, se tiende en la cama y enciende un cigarrillo con la ventana entreabierta para que la patrona no proteste. Empieza a meditar sobre lo que hará con aquel tipo: cómo secuestrarlo, dónde esconderlo, cómo alimentarlo, cómo hacerlo saber a la policía sin riesgo… No será tarea fácil. Además, tanto él como Julián tendrán que seguir haciendo la misma vida para no despertar sospechas. Y a Luisa, no decirle nada, el plan es muy peligroso.

Al terminar la jornada, Julián lleva a Parra hasta un solar con restos de edificaciones destruidas durante la guerra. Se introducen en una de ellas y se ocultan en lo que había haber sido una tienda. Aún quedan restos de estantes, cajones, mostrador… llenos de polvo y astillados. Se imaginan a alguna señora Hortensia comprando legumbres secas u obligando a callar al niño, quien le exige que le compre una piruleta.

—¿Y bien? —inquiere Julián.

—Había pensado aprovechar cuando el tipo ése abandone su domicilio para ir al trabajo en introducirlo por la fuerza en una furgoneta de reparto y llevárnoslo.

—¿Y el vehículo? ¿Y adónde nos los llevamos?

—La furgoneta puede robarse fácilmente aprovechando un momento de descuido en el reparto. ¿A dónde? Creo que sería mejor esconderlo en alguna casucha abandonada en la sierra. Lo que ignoro es dónde vive.

—De eso ya me encargo yo. Tengo algún conocido infiltrado en el sindicato vertical que me podría ayudar. Siempre con discreción.

—¿Y en el trabajo, qué decimos? —pregunta Parra.

—Que nos ha llamado algún pez gordo militar para que le hagamos algún trabajito en su tienda. Muchos militares regentan negocios. Cobran del Estado y de sus clientes. El jefe no hará preguntas, no le interesa. Mejor hacer la vista gorda.

Se ponen manos a la obra. Tardarán días en tenerlo todo preparado. El domingo, Parra toma un coche de línea hasta un pueblo de la Sierra. Se apea y se dispone a ir "de excursión" por el monte hasta que encuentra una casa abandonada, posiblemente a consecuencia de la guerra; quizá de algún exiliado. Fuerza la entrada y ve que está más o menos habitable. Descubre en el suelo una trampa que le conduce a un sótano, seguramente una fresquera que se usaba para poder mantener los alimentos. Unos días antes de la "acción", tendrá que adquirir víveres, jergones, mantas, agua, orinal, lámparas de aceite…

Julián ha hecho sus pesquisas y logra enterarse quién es el jefazo, dónde vive y su rutina. Se trata de Bravo, falangista y procurador en cortes. Vive en el centro y va solo al trabajo, confiado. Entre los suyos tiene fama de engreído y déspota. Además de su cargo político, mueve turbios negocios inmobiliarios.

Llegado el día, Parra y Julián se dirigen al mercado central municipal de frutas y verduras, en Legazpi, junto al Matadero. De los camiones y carros que vienen del campo los mozos están descargando cajas y cestos con frutas, tomates, pimientos, repollos, cebollas, lechugas, castañas, bellotas, brecoleras, coles… El trasiego y la confusión sirven para que los dos activistas se fijen en una furgoneta de reparto aparcada en una esquina; es ligera pero con una zona de carga en la parte posterior lo suficientemente alta para que quepa una persona. El conductor no está, se encuentra vacía y los dos hombres aprovechan para cogerla, la ponen en marcha y se alejan del mercado.

En las cercanías donde vive Bravo, ponen el intermitente como si se propusieran parar para cargar o descargar algo y esperan. Pasados unos minutos, ven acercarse al jefazo, trajeado de gris y engominado. Por suerte, a aquella hora casi no hay transeúntes. Paran el vehículo junto a la acera y, con toda rapidez, descienden de la furgoneta. Parra va a abrir el portón trasero y Julián, más fuerte, agarra a Bravo por detrás torciéndole los brazos y lo lleva al portón en donde introduce al hombre. Parra cierra el portón y regresa al volante, arranca el vehículo y se dirige calle arriba. En el interior de la carga Julián le ha arreado un puñetazo a Bravo que lo deja sin sentido, momento que aprovecha Julián para amordazarlo y atar sus extremidades. No les han visto. Sin saltarse semáforos, para no abrir sospechas, van abandonando la capital hasta que alcanzan la carretera que va a la Sierra y a su destino final, el escondrijo.

Pasada más de una hora llegan a la casa, detienen la furgoneta y Parra abre el portón. Julián está dándole unas bofetadas a Bravo para que despierte, le saca la mordaza. El secuestrado se va recuperando y va abriendo los ojos. No entiende nada.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Bravo desconcertado, mira el bosque—. ¿Dónde estoy?, ¿Quiénes sois?

—Hoy tocaba excursión, señor Bravo —le contesta Julián, con sarcasmo. Le desata sólo los pies y lo saca del vehículo—. Entremos en casa.

—Si buscáis dinero, vais a tener graves problemas —amenaza Bravo creyendo que se trata de un secuestro a mano de unos rufianes.

—No nos interesa el dinero —le aclara Parra mientras lo empuja al interior de la casa —, pero sí la libertad de unos compañeros, luchadores.

Bravo se los mira y se da cuenta de que no se trata de simples delincuentes. Empieza a sentir escalofríos.

Entran dentro, Julián abre la trampilla del suelo y le hace señas a Bravo para que baje a la fresquera. El hombre obedece. Julián va detrás suyo con una lámpara de aceite que acaba de encender y que deja en el suelo del cubículo.

—Aquí tienes comida, agua, un jergón, manta, orinal… No tiene tanto confort y buen gusto como tu apartamento, pero en fin… —le dice Julián mientras le desata las manos; vuelve arriba.

—¡Cuando os pillen, os acordaréis de esto, rojos de mierda!

—“Cuando nos pillen”… —repite Parra, cierra la trampilla y pone una pata de la mesa encima para atrancarla.

Siguen oyendo maldecir al sujeto. Julián y Parra cogen unos viejos periódicos de “Arriba” que, normalmente, los utilizan para limpiarse el culo cuando van al bosque, pero ahora empiezan a recortar letras impresas sueltas. Sobre un folio, las van juntando y pegando con cola de pez hasta obtener:

“Si queréis volver a ver vivo a Bravo,
soltad a Fermín, Alfredo y Domingo.”

Introducen el folio dentro de un sobre y pegan las letras en el mismo hasta indicar el destinatario: “Arias. Dir.Gral. Seguridad. Puerta del Sol. Madrid.” Pegan un sello con la cara de Franco.

—Me vuelvo a la ciudad —dice Parra mientras coge el sobre.

—Yo vigilaré a este pájaro —añade Julián.

Parra pone en marcha el vehículo y regresa a la ciudad, pero ahora entrando por barrios de la periferia, viejos municipios anexionados. Lo primero es deshacerse de la furgoneta, la abandona en un descampado. A continuación, buscar un buzón para depositar la “carta”, sin que lo vean. Hecho todo, se dirige a una tasca cercana para tomar algo y poder tranquilizarse. En el establecimiento sólo está el dueño y cuatro clientes, entrados en años. Pide de beber. Percibe que el dueño está muy pendiente de un viejo aparato de radio que tiene en el rincón de la barra. Se oye una locución nerviosa.

—¿Qué pasa? —pregunta Parra, como quien no quiere.

—Se ve que ha desaparecido un procurador en cortes, un pez gordo, no ha llegado al trabajo. —explica el tabernero—. La policía cree que lo han secuestrado y han movilizado a muchos números para buscarlo.

—¡Hay que tener huevos para hacer eso! —exclama uno de los clientes — Se puede estar pasando hambre, pero llegar a arriesgarse tanto por un rescate… ¡Como los pillen! ¡Los enviarán a picar piedra el resto de sus días!

Al día siguiente, para no despertar sospechas, Julián y Parra reanudan su trabajo como albañiles. El domingo, Parra le confía lo que han hecho a Luisa, que se pone pálida al oírlo, pero le da todo su apoyo.

El jefe Arias tiene reunidos a sus hombres de más confianza. En los rostros se aprecia la gravedad del suceso. El ambiente está cargado de dudas e insatisfacción por no haber podido detener aún a los ejecutores del secuestro, asunto que incomoda a los “de arriba” y desprestigia a la policía.

—Llevamos días tras alguna pista que nos pueda conducir hasta los malhechores pero no hay manera —dice Arias con el semblante serio.

—Es raro que aún no hayan pedido el rescate —añade Ballesteros.

—Estarán esperando a que pase un tiempo para despistarnos —dice Conesa.

—No creo que les interese tener durante muchos días en su poder a Bravo, se les puede ir de las manos —expresa Arias.

Llaman a la puerta del despacho. Se abre y aparece un agente uniformado con una extraña carta en la mano que entrega a Arias.

—Acaba de llegar esta carta a su nombre, señor —dice el policía. Se la entrega y sale.

—¿A mi nombre? —se pregunta Arias, extrañado.

Todos se quedan mirando el sobre, sorprendidos por las letras recortadas pegadas. Arias la abre y extrae el folio con el texto pegado. Lee:

“Si queréis volver a ver vivo a Bravo,
soltad a Fermín, Alfredo y Domingo.”

—¿Quiénes son Fermín, Alfredo y Domingo? —pregunta Ballesteros, de mala memoria.

A Arias se le encienden las venas del cuello al oír los nombres. Ha pasado tiempo pero no los ha olvidado.

—¡Me cago en la madre que lo parió! —grita Arias, ante la sorpresa de los demás—. ¡Parra! ¡De nuevo Parra!

—¿El que atentó contra el Caudillo? —pregunta Conesa.

—De nuevo vuelve a las andadas —añade Arias.

—Es como una mosca cojonera —sentencia Ballesteros.

—Creía que se había fugado del país, pero no —dice Arias—. Pues el asunto se complica. Se trata de un terrorista, no sé con o sin cómplices. Tendré que informar a los de Gobernación y que decidan.

—Si pusieran a esos tres en la calle, sería un desprestigio para nosotros y un ejemplo a seguir para otros activistas —refiere Conesa.

—Entérate en dónde trabaja ahora el otro Juan Parra y comprueba que siga en el tajo —le ordena Arias a Conesa.

Arias ha pedido audiencia con el ministro. En el despacho, la bandera nacional con el águila sirve de decorado tras la mesa del alto cargo. El águila parece estar observándolos como si se tratara de carroña. Arias le expone la situación al ministro y le pregunta sobre cómo actuar.

—¡Ni hablar con atender a sus demandas! —exclama el ministro Pérez, apuesto y con leve acento canario —. Haremos lo imposible por Bravo, pero sin cuestionar la imagen de seguridad del Régimen. Hay que atrapar a ese sujeto y liberar a Bravo usando los medios que sean necesarios, pero sin menoscabar nuestra autoridad.

En la nueva obra, Julián y Parra siguen subiendo paredes, aunque ahora, por precaución, se han ubicado en cuadrillas distintas. Al secuestrado le han suministrado más comida y agua, le han llenado el cubo de agua y vaciado el orinal.

Ballesteros se presenta en la obra acompañado de dos agentes y pide por el encargado.

—¿Tiene en nómina a un tal Juan Parra? —pregunta el policía.

—Ah, sí. Es aquel —aclara el hombre mientras señala a Parra colocando ladrillos al fondo.

—¿Ha faltado algún día o ha creado problemas?

—No —contesta el encargado, sin saber que Julián y Parra habían dicho que acudían a hacer un trabajito en el negocio de un funcionario—. Es cumplidor como los demás.

—Bien. Si notara algo raro, llame a comisaría —le casi ordena Ballesteros.

Cuando se van los policías, el encargado se acerca a Parra.

—Parra, ha venido la policía preguntando por ti.

—Sí. Hace tiempo me confundieron con otro que se llama igual. Nada importante —aclara Parra, como si nada, mientras sigue subiendo la pared con ladrillos.

En la casa de la Sierra, Julián y Parra acaban de abrir la trampilla de la fresquera para que el lugar se ventile y Bravo pueda respirar.

—Los tuyos ya te están buscando —se ríe Julián—. Pero hasta que no suelten a nuestra gente…

—¡Nunca lo harán! Si pensáis que se rebajarán por mí… —se queja Bravo.

—Eso ya lo veremos —añade Parra, mientras vuelve a cerrar la trampilla y a atrancarla.

Los dos activistas salen de la casa y empiezan a dar un paseo por el bosque, en donde un ligero pero persistente viento mece las ramas de los árboles, de algunas de las cuales se desprenden hojas que empiezan a alfombrar el suelo forestal. Parra enciende un cigarrillo y se lo pasa a Julián, después enciende uno para él. Aspiran el humo. Observan el vaivén de los árboles y oyen su crujido, a la vez que el sonido del viento y el de los pájaros.

—Ellos ya estaban aquí mucho antes que nosotros y seguirán aquí cuando todos hayamos perecido —dice Parra mirando los árboles—. ¡Las cosas que habrán visto! El trasiego de los hombres a lo largo de años y años, nuestras esperanzas, nuestras derrotas…

—Parecen inmóviles —añade Julián—, parece que no se enteran, pero seguro que sienten.

Dan un paseo por un sendero mientras consumen sus cigarrillos. Los dos permanecen silenciosos, pensativos.

—¿Qué haremos con ése, si no nos hacen caso? —se atreve a preguntar Julián.

—Esperemos, a ver —contesta Parra—. Aún es pronto. Por el momento, seguir la rutina, cada día al tajo…

El domingo, Parra se encuentra con Luisa, ahora en el Parque del Oeste, en reconstrucción. La pone al día en cuanto al secuestro.

—Si pudiera colaborar en alguna cosa… —le sugiere ella.

—Mejor que te mantengas al margen, querida.

—Pero no quiero ser una inútil. Yo también soy represaliada —insiste Luisa.

Parra medita un instante y se dirige a ella:

—Quizá podrías ir a escuchar en los bares de la plaza del Sol de qué hablan los policías de paisano cuando van a beber —propone Parra.

—Eso está hecho. Al salir del trabajo, iré cada tarde a tomar un café con leche.

—Pero ves cambiando de bar, para no despertar sospechas.

El sábado, Parra y Julián se dirigen a la Sierra para ir al escondrijo donde tienen a Bravo. Cada día, al atardecer, se van turnando para atender al secuestrado. El coche de línea ha llegado a su destino, los dos hombres se apean y se disponen a seguir la pista

forestal que les llevará a la casa. Un propietario de una taberna cercana a la parada del autobús los ha visto con frecuencia tomar este camino, pero se extraña porque no conduce a ningún lugar habitado. Camisa vieja, coge el teléfono y llama a la policía. Le pasan con la comisaría del pueblo más importante de las cercanías y él pone en situación al comisario quien, en principio, no le da importancia pero que, por si acaso, y sobre todo después de haber leído la comunicación recibida acerca del secuestro de Bravo, llama a Madrid y traslada la información que, a su vez, pasadas unas horas, la hacen llegar a Arias.

—Creo improbable que tenga alguna relación con el secuestro pero enviad un informador —ordena Arias a sus colaboradores, con el comunicado en mano—. Tampoco disponemos de otras pistas.

Movilizan a un policía de paisano casi en edad de retirarse. Llega al pueblo y se entrevista con el tabernero quien lo pone al día sobre el aspecto de los dos sospechosos y el camino que toman. El policía lo enfila y se dirige a algún lugar indeterminado. A medida que va subiendo, la pista se va estrechando y ve que a la derecha arranca un sendero con la hierba pisada. Como no tiene donde escoger, se aventura por él. Cuando lleva andado casi un quilómetro ve que la senda termina en un claro del bosque ocupado por una casucha que parece abandonada. Le extraña que haya un cubo metálico de aspecto nuevo junto a la puerta. Espera. De pronto oye que se abre la puerta y que sale un hombre, parecido a los descritos. El policía se agazapa tras los matorrales. El hombre de la casa, extrañamente lleva un orinal y lo vacía junto a un árbol. Vuelve a entrar y, pasado un buen rato, sale y abandona el lugar por el sendero. El policía espera. Cuando se ve seguro, lo retoma también y sigue de lejos al hombre de la casa, Julián (hoy, le toca a él venir), quien, al llegar a la parada del autobús, sube. A los pocos minutos el vehículo parte hacia Madrid.

El policía le pregunta al tabernero si dispone de teléfono y llama a Jefatura. Informa con pelos y señales de lo que ha visto.

—Señores, creemos tener una pista sobre el secuestro de Bravo —expone Arias, exultante, a sus adjuntos, a quienes les explica lo observado por el policía de incógnito—. No conocemos la identidad del sujeto ni dónde para en la capital, por lo que lo tendremos que vigilar, cercar y sorprender en la casa del bosque. Pondremos un dispositivo de hombres armados alrededor de la casa de modo que le sea imposible escapar.

Al terminar de dar instrucciones concretas a sus hombres, Arias y Ballesteros bajan al bar de siempre para celebrarlo. Se les nota eufóricos, creyendo cercano el desenlace y las felicitaciones de Gobernación. Se apostan en la barra y piden un coñac. No han visto que en una mesa redonda cercana hay una joven tomando un café con leche; debe tratarse de una funcionaria que ha terminado su jornada.

—Calculo que mañana todo habrá terminado —dice Arias animado por el licor—. Liberaremos a Bravo y pillaremos al carcamal que lo tiene encerrado en la Sierra. La Guardia Civil nos echará una mano, son expertos en montaña.

A Luisa se le hiela la sangre al oír "Bravo" y "en la Sierra". Lo saben. Hay que alertar a Juan. Deja el dinero y abandona discretamente el local. Cuando Arias y su colega terminan la copa y regresan al despacho, no han visto que el vaso de café con leche de la chica está a medio consumir.

Luisa se dirige a la obra donde trabaja Parra y espera a que termine la jornada. Cuando lo ve en el camino de regreso, lo aborda.

—¡Juan!

Éste se para y la mira sorprendido.

—¿Qué haces aquí, Luisa? Te expones.

—Lo saben —suelta la chica, como un mazazo.
—¿El qué? —pregunta él mientras la aparta hasta un solar en construcción.
—Lo de la casa en la Sierra. Os han seguido. Quizás un soplo. Mañana irán a por vosotros.
—¿Qué? —se asusta Parra.
—Os cercarán para deteneros.
—Hay que alertar a Julián.
—¡Es peligroso!
—Yo le metí en esto. Y a ti.
—Por favor, Juan —implora Luisa.
El cerebro de Parra funciona más de la cuenta pensando en lo qué hará. El proyecto se ha perdido pero al menos hay que salvarse.
—Hoy al atardecer cogeré el autobús que va a la casa del bosque y alertaré a Julián. Huiremos por el monte. Él sabe de gente que nos ayudará.
—¿Y yo? Yo también quiero escapar contigo, a donde sea, no aguanto ser una esclava sin futuro.
Parra reconoce que Luisa tiene razón. No sería justo abandonarla ahora a su suerte.
—¿Conoces Cercedilla?
—Sí —responde ella.
—Pues, mañana por la mañana coge un autobús que vaya allí y espéranos en el lavadero nuevo.
Se abrazan y se ponen en marcha. Luisa a casa, para preparar algún bulto para poder llevarse mañana y Parra a una calle donde sabe que el autobús hace una parada, para evitar la estación de origen que, probablemente, esté vigilada.
Parra llega de noche al final del trayecto y enfila el camino. Hay luna nueva y se lo sabe de memoria. Cuando llega a la casa, abre con cuidado la puerta y advierte de su presencia:
—Soy yo.
A Julián le ha sorprendido y asustado la presencia inesperada de Parra.
—¿Qué ocurre? —pregunta Julián extrañado, aún con una navaja en la mano que ha desenfundado al oír abrirse la puerta.
—Ocurre que nos han descubierto. Luisa lo ha oído en el bar donde va a beber la policía. Mañana vendrán a por nosotros.
—¡Joder! ¿Cómo ha sido? —se interesa Julián.
—Un soplo y nos pusieron vigilancia. Mañana he quedado con Luisa en Cercedilla, también quiere huir. ¿Se te ocurre una ruta de escape?
Julián, con inquietud, se pone a pensar a velocidad de vértigo.
—Conozco a un antiguo emboscado, más arriba en la Sierra. Él nos ayudará a salir de la zona y a que otros contactos nos lleven a la frontera.
—Bien. No tenemos dónde elegir.
—¿Y el de abajo? —pregunta Julián refiriéndose a Bravo.
—Se queda. Que lo zurzan. Ya lo sacarán los suyos.
—¿Y por qué no nos lo llevamos? Nos serviría de billete de garantía.
—Sí, pero debe estar muy debilitado y sólo nos traería complicaciones. No andaría cuesta arriba ni un quilómetro. Es un señorito.
—Bien. Entonces preparamos un hatillo con lo indispensable y al alba nos piramos.
—Cuanto antes, mejor —sentencia Parra.
Los dos hombres disponen una manta enrollada y atada en cuyo interior ponen víveres y algo de ropa, una cantimplora colgada y dinero. Parra también tiene una navaja y comprueba que la lleve en el bolsillo. A la luz de una candela, los dos hombres se ven

tristes por no haber podido llevar con éxito la operación. Pero no era fácil. Lo han intentado.

11

Empieza a clarear tímidamente entre el follaje del robledal. Julián y Parra salen de la casa con sus hatillos y enfilan el monte pero por otro sendero. Darán un rodeo antes de personarse en Cercedilla para recoger a Luisa.

A la misma hora, coches de la policía acaban de hacer su aparición en el pueblo en donde termina la línea de autobús que llega de Madrid. Los agentes se apean y preparan las armas mientras desde las ventanas vecinos curiosos y a la vez atemorizados observan los preparativos; entre ellos, el tabernero soplón, que se siente feliz al poder ayudar a la autoridad, los rojos le mataron a un hermano cuando los primeros días del conflicto. El operativo se pone en marcha y, en silencio, sigue el camino forestal y después el sendero que le conducirá hasta el escondrijo.

Julián y Parra ya se han alejado suficientemente del escenario cuando la policía llega a la casa. Hacen su despliegue y se atrincheran detrás de los árboles con las armas dispuestas, incluidas metralletas.

—¡Policía! —grita Conesa—. ¡Salid con los brazos en alto y sin armas!

Pero no se oye nada. Nadie responde, nada se mueve. No se ve luz en el interior. Ballesteros lanza una indicación con la cabeza a unos agentes para que se acerquen a la entrada, él mismo lo hace. Abren de una patada la puerta y entran apuntando con la pistola.

—¡Policía!

Nada.

Abajo, en la fresquera, a Bravo le han despertado los gritos ("policía", ha oído. ¿Puede ser?) Sube los escasos escalones que lo separan de la trampilla y empieza a golpearla.

—¡Aquí! ¡Socorro! —grita.

Ballesteros y los otros oyen los gritos de auxilio, miran alrededor y ven que hay una trampilla atrancada con las patas de la mesa, la retiran y abren. Un olor fétido sale del lugar.

—¡Puaf, huele que **no** alimenta! —se queja asqueado uno de los agentes.

—¡Muy gracioso! —dice el recién liberado.

—Ya está a salvo, señor Bravo —le dice Ballesteros—. Pero no hay rastro de los secuestradores.

—Ayer noche oí bastante ajetreo aquí arriba —explica Bravo—. Quizá hicieran preparativos para huir. Alguien les debió advertir.

—No irán muy lejos. Tenemos cercada la zona.

Bellesteros sale de la casa y se dirige a Conesa:

—Bravo está bien pero los terroristas no están, ¡Peinad la zona! —ordena.

La policía empieza a movilizarse y a rastrear el bosque.

—Ahora mismo lo sacamos del bosque y lo enviamos en coche a Madrid, al hospital, para que le hagan un reconocimiento, señor Bravo —le sugiere Ballesteros.

—¿Al hospital? ¡Primero a la bañera! —objeta Bravo.

Conesa inspecciona el interior de la casa y, sobre todo, la fresquera, con un pañuelo en la nariz para disimular el hedor del orinal y del lugar.

Mientras tanto, Julián y Parra escapan monte arriba. Intuyen que la policía ya habrá hecho aparición en el escondrijo por los gritos que se oyen abajo a lo lejos. Pasada una hora, llegan cerca de Cercedilla pero no entran en el pueblo por prudencia. Sólo Parra se acerca por el exterior, localiza el lavadero público cubierto, cerca del arroyo de la Teja.

Una figura femenina con una bolsa en el hombro está apoyada en uno de los muros de granito tallado. Es Luisa. Desde lejos Parra le hace señales hasta que, por fin, la chica lo ve y se pone en marcha, sonriendo feliz. Cuando se reencuentran, se besan, y él le hace indicaciones de que le siga. Salen del pueblo y van al encuentro de Julián.

—Subiremos más arriba. Allí conozco a uno que nos echará una mano —dice Julián.

Reemprenden la marcha. A lo alto, las cumbres nevadas reflejan el primer sol del día.

A Bravo lo han evacuado y han llegado refuerzos de la Guardia Civil con perros. Se despliegan por toda la zona.

—¡Hay que cazar a esos canallas! —exclama Conesa, a la vez que inspecciona el horizonte con binoculares.

Los guardias suben por los senderos del bosque, con fusil o metralleta en la espalda, acompañados por los ladridos rabiosos de los perros rastreadores.

—Uno de los perros ha encontrado un rastro que se dirige a Cercedilla —dice Ballesteros—, pero es imposible que hayan ido allí, sería demasiado fácil.

—Lo más probable es que hayan subido todo el monte —sugiere un guardia, zorro viejo, con el tricornio agujereado por una bala en alguna refriega.

Los tres huidos llegan hasta una choza en lo alto de la Sierra, medio camuflada entre la vegetación. Junto a la choza de piedra hay un pequeño cercado con cuatro cabras.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —grita Julián.

Un hombre hace aparición en la puerta de madera, extrañado de que alguien haya llegado hasta allí. A veces se presentan carabineros, pero como el hombre es un simple pastor…

—¿Quién anda por aquí? —inquiere el hombre, setentón arrugado, sin afeitar y ropa más que usada.

—Me llamo Julián. Soy del sindicato de la construcción de Vallecas, conozco a Molina, Álvarez, San Pascual… Nos están persiguiendo los civiles y quisiéramos contactar con alguien que nos lleve hasta la frontera. Si nos puedes ayudar…

—Pues claro, compañero. Seguidme y os llevaré hasta un grupo de acción de montaña —dice el viejo, con entusiasmo recuperado.

Coge un cayado y un zurrón y se pone en marcha. Se escuchan ladridos a lo lejos.

—Oigo a los perros monte abajo, os estarán buscando —apunta el pastor—. No hay tiempo que perder.

El grupo se adentra en un hayedo y el viejo, a pesar de su edad, les hace trotar de lo lindo. Al atardecer llegan a una zona alta rocosa. Un hombre ha advertido su presencia y les da el alto apuntándolos con una escopeta de caza.

—¡Soy yo! —avisa el pastor— Acompaño a esta gente, les están persiguiendo.

El centinela emboscado baja el arma y les hace señas de que les sigan. Llegan hasta un abrigo de cueva camuflado con vegetación donde unos cuantos hombres están tomando café aguachirri.

El viejo los presenta y les explica la situación. Necesitan que los pongan a salvo en la frontera con Francia.

—Nosotros trabajamos en el transporte de mercancías —explica el que parece que corta el bacalao—. Es nuestra tapadera para poder llevar a cabo este tipo de acciones. Saldremos del bosque denso y en un claro tenemos la furgoneta de reparto. Con ella os llevaremos a la frontera.

—Los civiles andan con los perros buscándolos. No deben estar lejos —añade el viejo.

—Pues no perdamos tiempo. Es preciso alejar el rastro de la guarida. ¡Borrad las huellas! —ordena el hombre a uno de los suyos.

—Yo me vuelvo con las cabras —dice el pastor.

Julián le da las gracias y se ponen en camino. El hombre que cierra el grupo va borrando las pisadas con una rama. Bajan por una trocha cercana a un riachuelo. Sólo se oye la respiración acelerada del grupo, el agua y las aves. De pronto, suena un disparo de fusil y un silbido pasa rozando junto a una oreja de Parra.

—¡Alto a la Guardia Civil! —se oye gritar.

Entre el laberinto arbolado se ven tricornios que se van desplazando de un lado a otro, corriendo. Los "echados al monte" sacan sus revólveres y disparan. La policía responde. El grupo indica a Parra y a los suyos que sigan corriendo por la trocha hasta el claro, ellos los detendrán. Agazapados tras los árboles, vuelven a disparar contra los agentes. Entonces, uno de ellos abre fuego con una metralleta y las cosas cambian. Uno de los hombres cae mal herido. El resto de huidos sigue escapando, sin aliento, sudando… Luisa no puede con su alma, se acuerda cuando, de pequeña, competía corriendo con sus amiguitas de la calle, pero esto es distinto, esto es miedo, supervivencia, tan bien que había ido todo… Ven el claro del bosque… ¡el vehículo!

Los guardias les persiguen y siguen disparando. De repente, Julián cae. Le han dado en la espalda. Sangra. ¡No! Piensa Parra. Acuden a ayudarle pero él se niega:

—¡No hay nada qué hacer, es en la espalda, no podré andar! ¡Huid vosotros y seguid la lucha!

Parra y Luisa están sobrecogidos, ella llora, pero saben que tiene razón. La aprietan la mano en señal de agradecimiento, de despedida.

—¡No hay tiempo que perder, nos pisan los talones y van mejor armados! —les ordena el guía que los ha de sacar del lugar.

Reemprenden la huida, con los ojos empañados. Alcanzan la furgoneta y Parra y Luisa suben detrás. Delante, el guía al volante y un acompañante que ha sobrevivido. Arrancan y se alejan del bosque siguiendo, eso sí, caminos secundarios.

En el bosque han quedado heridos Julián y uno de los del grupo, y dos más, muertos. El guardia que consigue llegar a la carretera ve impotente cómo se aleja el vehículo. Va a dar parte a su superior para que avise de la huida de cuatro elementos, entre ellos el cerebro del secuestro.

La furgoneta logra alcanzar la carretera nacional, sigue un tramo hasta un punto donde el conductor se desvía en dirección a un pequeño villorrio; anochece. Sin encender los faros, el coche se detiene ante un cobertizo. El acompañante se apea, abre la puerta y el conductor entra. Cierran la puerta tras de sí y abren la parte de atrás para que salgan Parra y Luisa. Están molidos.

—Aquí estaremos a salvo —refiere el conductor—. Mi mujer os dará de comer y podréis dormir en un doble fondo que tenemos. Mañana os vendrá a buscar gente de otro grupo para llevaros hasta la frontera. Buena suerte.

La pareja agradece la ayuda y lamenta las pérdidas. Desde el cobertizo se puede acceder por dentro a la casa por una escalera de madera. En la casa, dos mujeres, una de ellas anciana, atienden a Parra y a Luisa. Les muestran el aseo y después los llevan a la cocina donde encima de la mesa les espera sopa de cocido. Una vez han cenado los acompañan hasta el dormitorio de la vieja, hacen correr un armario y, detrás, hay un tabique de madera que abren e introducen a la pareja para que pueda descansar sobre jergones.

A la mañana siguiente, dos hombres vienen a buscarlos con una camioneta. Los esconden en la parte posterior de la carga y enfilan carretera hacia la frontera vascofrancesa, en donde en la parte gala, españoles exiliados allí los acogerán y ayudarán.

Semanas más tarde, la policía francesa informará a la española sobre la presencia de los nuevos refugiados.

Arias está en su despacho y le hacen llegar la información acerca de los huidos, Parra y Luisa. De nuevo, se le ha escapado y ahora quizás para siempre.

—¡Me cago en la leche! —exclama, colérico.